



Debido a los progresos alcanzados en el campo de la cartuchería, surgen las primeras ametralladoras efectivas en la segunda mitad del siglo XIX. Pero desde casi cien años atrás se venía trabajando en el perfeccionamiento de este arma. (En la imagen, ametralladora Hotchkiss adaptada para fuego antiaéreo en el frente de Aragón, durante nuestra guerra civil).

La ametralladora y su uso en España

Juan Luis Calvó Pascual

CUANDO DuPerron presentó a Luis XVI el arma que había inventado y le explicó cómo era capaz de disparar 24 balas en una sola descarga, el monarca reaccionó despidiéndole airadamente tras calificarle de «enemigo de la humanidad». Corría el año 1775, y hoy esta anécdota resulta sorprendente, pero, desengañémonos, no se ha sufrido una perversión con el paso de dos siglos. La anécdota de Luis XVI y DuPerron se recuerda por lo insólita, ya que en todo tiempo los inventores de armas se han visto enriquecidos y ensalzados en proporción directa a la de los estragos que sus ingenios pudieran conseguir.

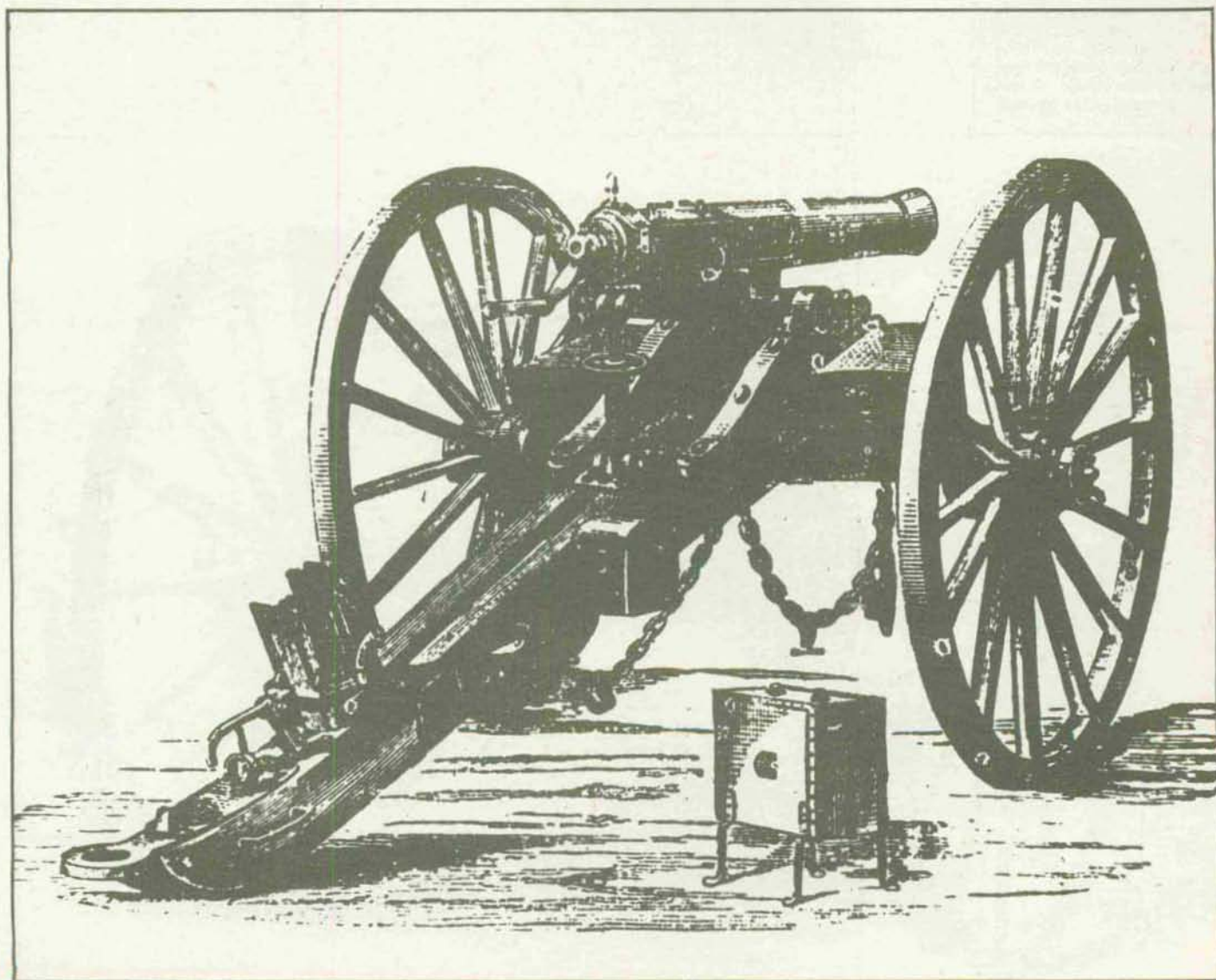
LIMITANDONOS al campo de las ametralladoras, la inventiva española no puede llenar muchas ni pocas páginas, pues ningún compatriota dio su nombre a una ametralladora famosa; pese a que alguno de nuestros historiadores, pecando sin duda de chauvinismo, da como nacional la invención del «órgano», arma constituida por una alineación de cañones de reducido calibre, adaptados para dispararse con simultaneidad, cuya aparición se remonta al siglo XIV.

No fue hasta iniciarse la segunda mitad del siglo XIX cuando nacieron las primeras ametralladoras efectivas, y ello se debió a los progresos alcanzados en el campo de la cartuchería. Conseguido un sistema de carga rápida, hacen su aparición las ametralladoras manuales, «órganos» perfeccionados que prometen revolucionar el arte de la guerra y cuentan con la confianza ciega de gobernantes como Napoleón III que, sufragando de su propio bolsillo las experiencias realizadas dentro del mayor

secreto en el arsenal de Meudon, asiste a los ensayos del «cañón à balles» y le satisface la masacre que ve posible realizar con ella.

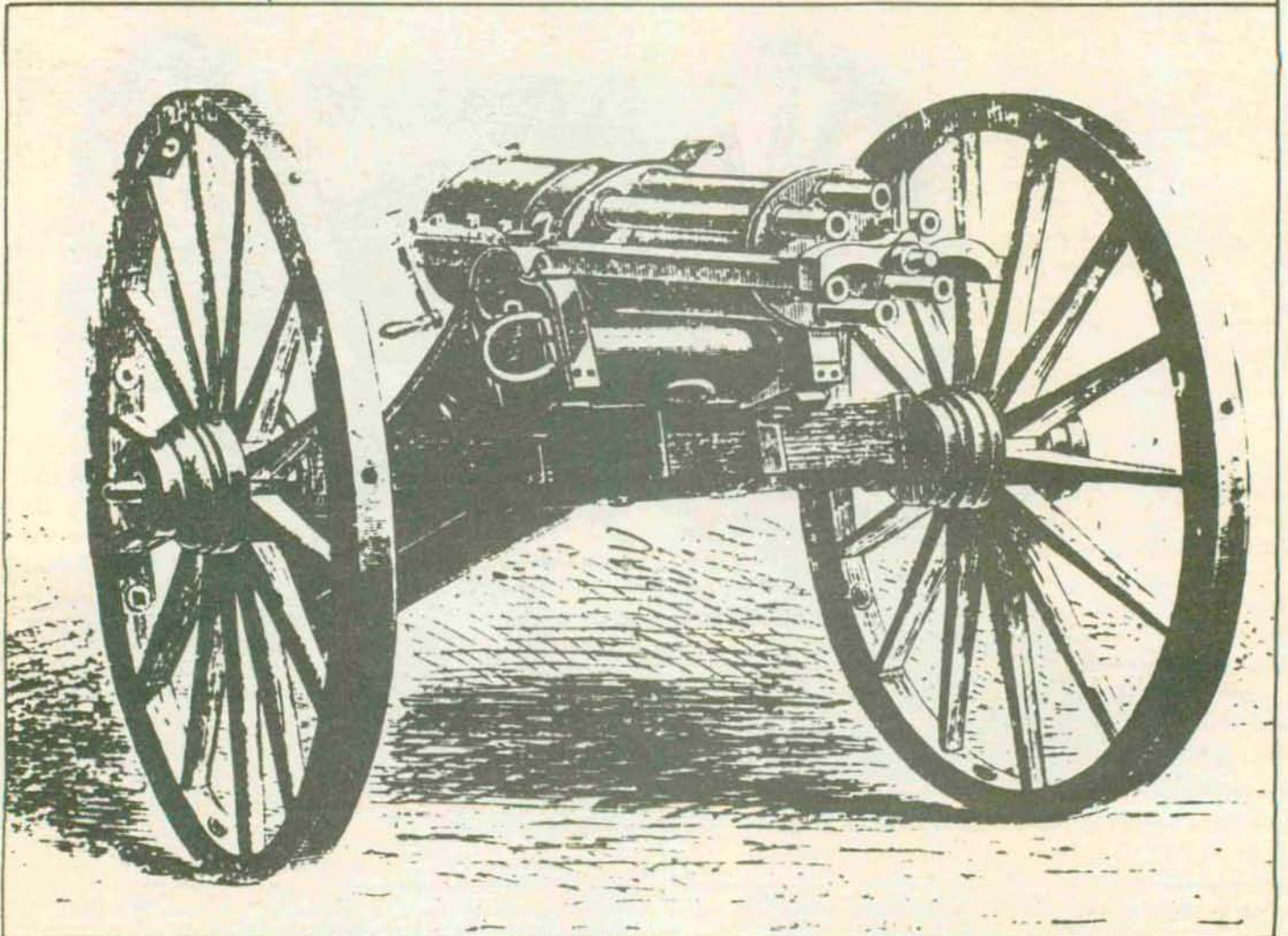
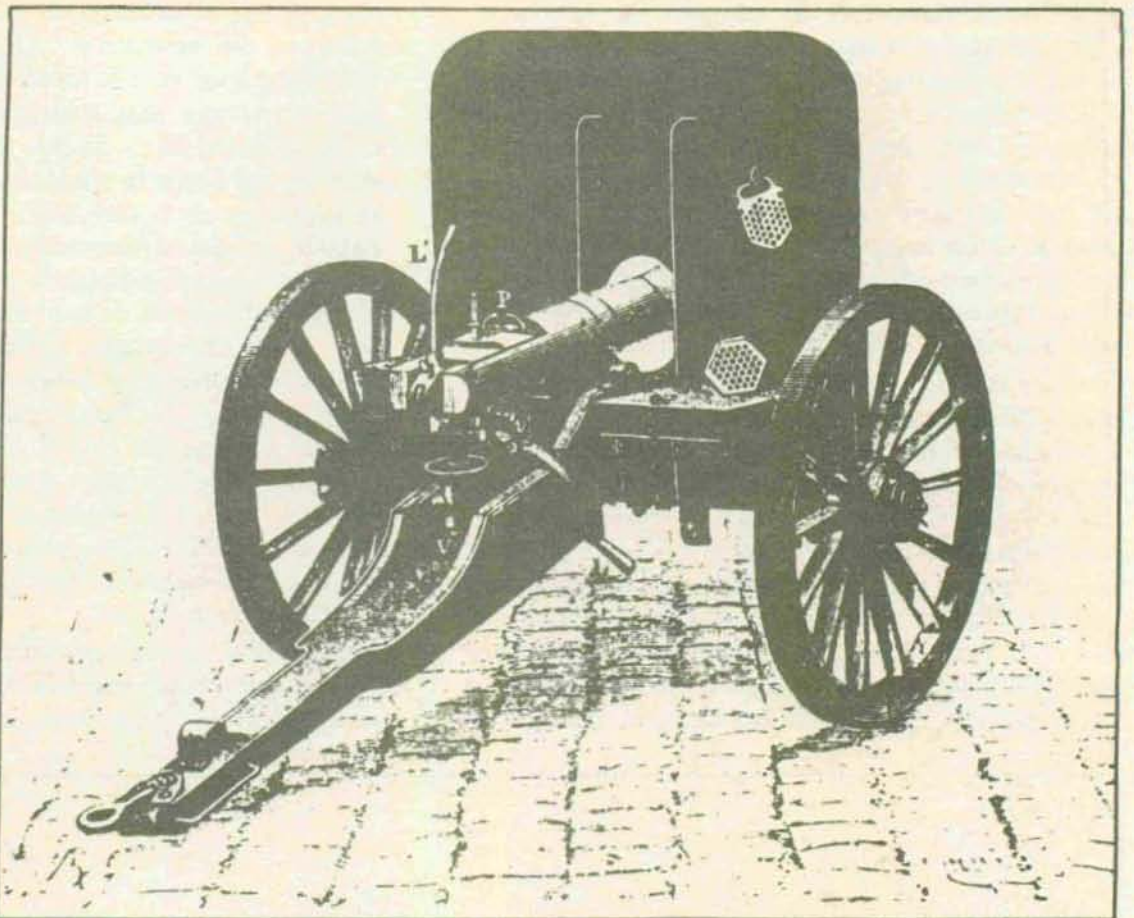
Las primeras ametralladoras manuales son calificables dentro de dos grupos generales: las que disparaban la totalidad de sus cañones al unísono en cada descarga; y las que los disparaban sucesivamente mediante el accionamiento de una manivela por parte del artillero. No cabe duda de que estas últimas resultaban más racionales, pero el factor humano incidía también en ellas más directamente y eran frecuentes las encasquillamientos que dejaban el arma inútil en el momento más crítico. En el primer grupo, el sistema más famoso fue el Christophe-Montigny, y en el segundo el Gatling; posteriormente se presentó el Nordenfelt, que aspiraba a reunir las ventajas de ambos.

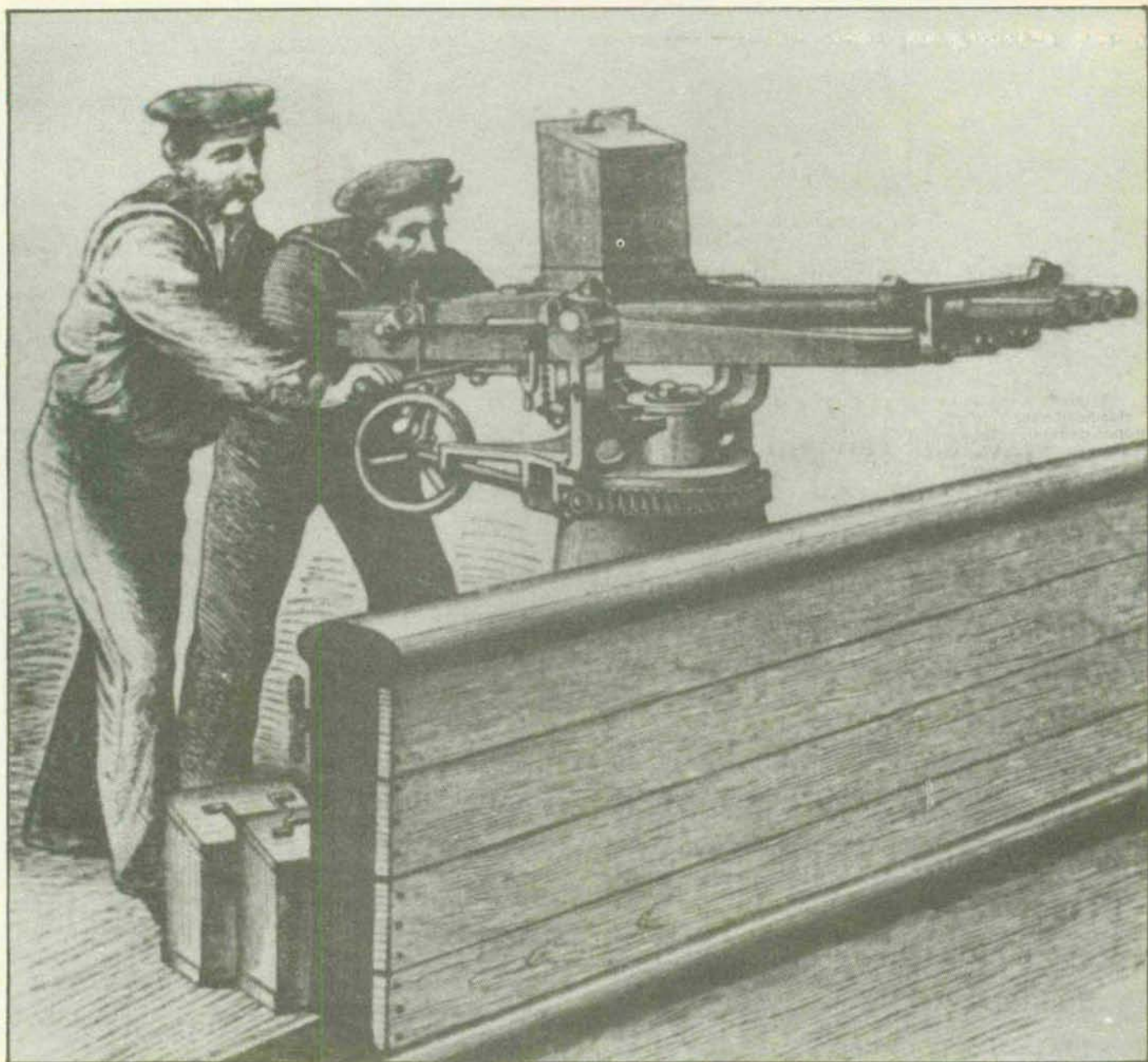
En España, la primera ametralladora con que contó el Ejército fue la Christophe-Montigny, en versión de 37 cañones calibrados para idén-



Sufragando de su propio bolsillo las experiencias realizadas dentro del mayor secreto en el arsenal de Meudon, Napoleón III asiste a los ensayos del «cañón à balles» —en el grabado— y le satisface la masacre que ve posible realizar con él.

Las primitivas ametralladoras se clasifican dentro de dos grupos generales: las que disparan la totalidad de sus cañones al unisono en cada descarga; y las que los disparan sucesivamente mediante el accionamiento de una manivela por parte del artillero. En el primer grupo, el sistema más famoso fue el Christophe-Montigny, y en el segundo el Gatling, apareciendo posteriormente el Nordenfelt, de mayor perfección. Modelos que, por el orden citado, vemos en esta doble página.



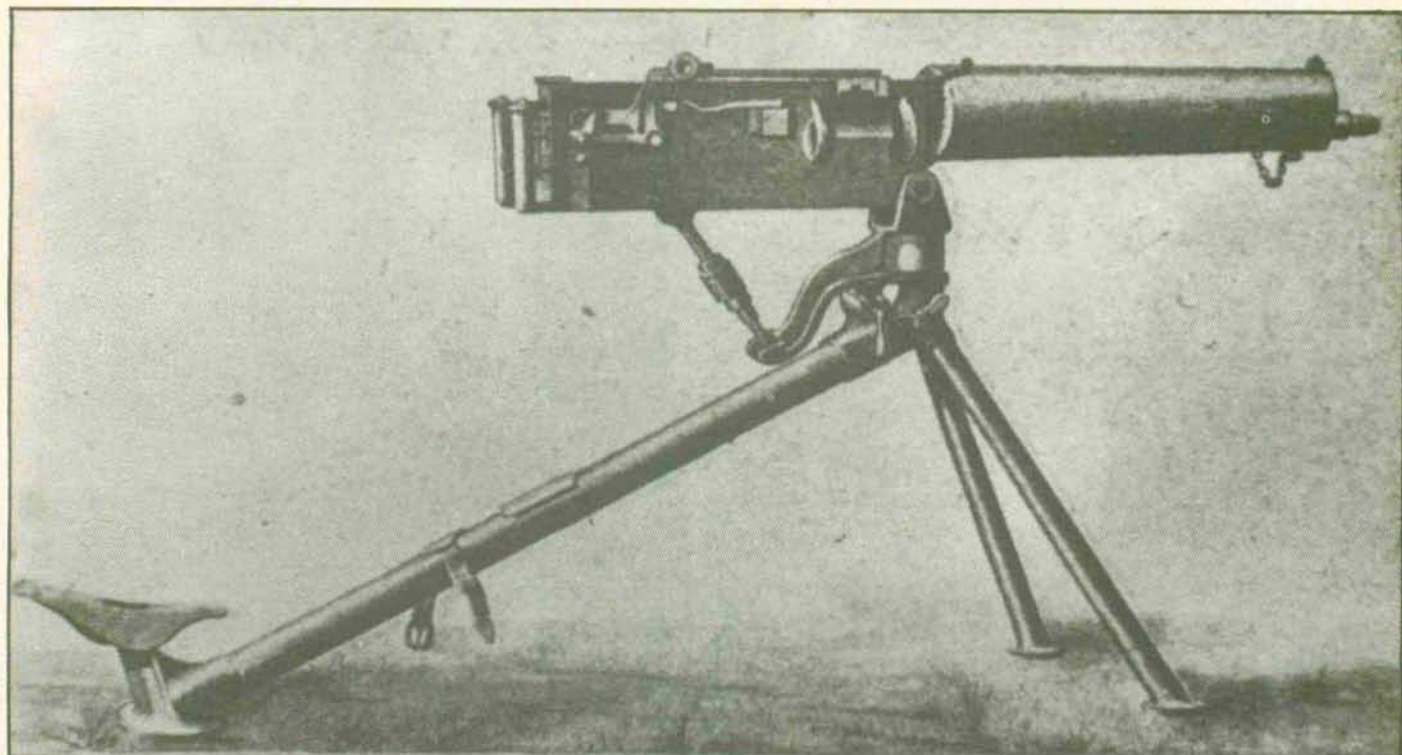


tica munición que el fusil Remington adoptado reglamentariamente en 1871. En abril de aquel mismo año y disponiéndose ya de 37 ametralladoras de este modelo, de las que 14 habían sido fabricadas en Oviedo, se proyectó la organización de seis baterías, pero en la guerra franco-prusiana el resultado de estas armas constituyó un fracaso que acabó con la confianza que en ellas se tenía. Y así, abandonándose el proyecto de la creación de baterías, las ametralladoras pasaron a destinarse al servicio de plazas.

Pese a ello, en 1872 se organizó una batería de cuatro ametralladoras como sexta adjunta al Primer Regimiento de Artillería que, al mando del capitán don Fernando Vega, intervino en acciones contra las fuerzas carlistas,

sin que haya noticia de que esta única batería de ametralladoras llegara a merecer mención alguna. Sí se sabe que su dotación era de 32.000 cartuchos, de los que 14.800 iban en los arzones de las ametralladoras y los 17.200 restantes en los carros de munición; la plantilla era de 4 oficiales, 88 individuos de tropa, 4 caballos y 44 mulos de tiro.

Finalizada la guerra carlista, las ametralladoras siguieron mereciendo escasa atención por parte de nuestras Fuerzas Armadas, y únicamente hay noticia de que la Marina adoptó como armanento de buques dos modelos Nordenfelt de cinco cañones calibrados respectivamente para cartuchos de 11 y 25 mm.: varios de los navíos hundidos en Cavite y Santiago de Cuba disponían de estas ametrallado-



Dentro de las ametralladoras automáticas, cabe también distinguir dos grupos: las que aprovechan la fuerza del retroceso en el disparo para provocar el automatismo; y las que lo consiguen utilizando parte de los gases producidos en la combustión de la pólvora en cada disparo. En el primer grupo, el sistema más famoso fue el Maxim; en el segundo, los Colt y Hotchkiss. Los dos primeramente citados quedan recogidos en los grabados adjuntos.

ras, que no llegaron a causar estrago alguno en el enemigo. El Ejército también tenía adquiridas algunas ametralladoras Nordenfelt para defensa de puntos fortificados, pero constatar su presencia en algún combate resulta aún más difícil que en el caso de las anteriores Christophe-Montigny.

Producto de la inventiva nacional, la ametralladora más conocida por figurar en la Colección del Museo del Ejército (N.º 6.333), es la concebida por el capitán don Acacio Fernández y González que, montando cuatro cañones en un marco metálico rectangular, fue construida en un único prototipo por la Fábrica de Cañones de Plasencia el año 1893. Ciertamente, en 1893 la ametralladora Fernández y González no tenía posibilidades de hacerse famosa, ya que en esta fecha habían hecho su aparición las ametralladoras automáticas y los modelos manuales tenían sus días contados.

La invención de la pólvora sin humo, en 1885, fue la que posibilitó el desarrollo de las ametralladoras automáticas, en las que también cabe distinguir dos grupos generales: las que aprovechan la fuerza del retroceso en el disparo para provocar el automatismo; y las que lo consiguen utilizando parte de los gases producidos en la combustión de la pólvora en cada disparo. En el primer grupo, el sistema más famoso fue el Maxim; en el segundo, los Colt y Hotchkiss.

Acerca del norteamericano Hiram Maxim, in-

ventor de la ametralladora de su nombre, hay una curiosa anécdota que contrasta con la anteriormente expuesta de Luis XVI: trabajando en aplicaciones de la electricidad en el campo de la luminotecnia, asistió a la Exposición Universal de 1881 y allí un profesor vienes le dio un consejo que no desaprovechó: «Abandone la química y la electricidad, señor Maxim, y si quiere ganar dinero a montones invente alguna cosa que nos permita a los europeos matarnos unos a otros con mayor facilidad»...

Con la aparición de las ametralladoras automáticas se iniciaron en España los ensayos previos a su probable adopción, pero en 1898 no se había llegado a ningún resultado positivo y nuestro Ejército en Cuba, carente de ametralladoras, conoció los efectos de las Gatling y Colt de los norteamericanos. Dentro del desastre de aquella desigual contienda, es evidente que tales máquinas no influyeron de forma decisiva, pero no dejó de recordarse por entonces, cómo en 1886 se había solicitado inútilmente el envío de ametralladoras Maxim a Cuba.

Las experiencias seguidas en España con los principales sistemas de ametralladoras automáticas, provocaron la adopción en 1907 de la ametralladora Hotchkiss en versión reformada del Modelo 1899 adoptado por el Ejército francés, y que era a su vez un perfeccionamiento de la ametralladora Odkolek debido

a los ingenieros Benet y Marcié, que habían cedido su patente a la firma francesa «Anciens Etablissements Hotchkiss et Cie.». Varias reformas introducidas —durante 1912— en el Modelo 1907 y la adopción del aparato de puntería y el trípode Modelo 1913, dieron como resultado el modelo adoptado por R.O.C. de 11 de julio de 1914 que, junto con el anterior Modelo 1907, fue utilizado profusamente en las campañas africanas.

Las ametralladoras Hotchkiss de nuestro Ejército utilizaban idéntico cartucho que el fusil Mauser Modelo 1893 y su resultado era calificado de excelente, pero al iniciarse la Guerra Mundial las relaciones con la compañía Hotchkiss quedaron interrumpidas y, en la imposibilidad de producir estas ametralladoras en España, hubo de recurrirse a otra fuente de abastecimiento, adoptándose la ametralladora Colt que, con patente Browning, era fabricada por la firma «Colt's Patent Manufacturing Co.».

La ametralladora Colt fue adoptada por R.O. de 29 de enero de 1916 y mereció severo juicio por parte de autores como el capitán Medialdea que, en su obra «Ametralladoras de Infantería» (1918), califica este arma como muy inferior a la Hotchkiss y sólo aceptada ante la

imposibilidad de recurrir a otras firmas cuya producción estaba dedicada en exclusiva a los países beligerantes. Es curioso comprobar cómo la compañía Colt distaba en aquella época de suponer para alguno de nuestros compatriotas el «monstruo sagrado» de la fabricación de armas que hoy constituye, llegando a ser calificada por el ya mencionado capitán Medialdea de «marca sospechosa».

Con todo, la ametralladora Colt no fue la única en entrar a formar parte del armamento de nuestro Ejército durante aquel período, y también las Maxim —en modelos ya algo anticuados— pasaron a constituir armamento permanente de las posiciones avanzadas de Ceuta y Melilla, dotándose también con ellas una unidad creada en Ceuta para la que se carecía de material Hotchkiss.

Finalizada la I Guerra Mundial y adquiridos los derechos de fabricación de la ametralladora Hotchkiss, se inició la producción de este arma en la Fábrica de Oviedo. Las ametralladoras constituían ya parte esencial del armamento de todo Ejército y depender de suministro extranjero parecía muy arriesgado. No cabe duda de que el profesor vienés que aconsejara a Maxim estaba en lo cierto. ¡Pobre Luis XVI! ■ J. L. C. P.

